

# BUSQUEDA DE DIOS / IRRUPCION DE DIOS

*En las páginas de SIC Dios alienta, expreso o soterrado, como Espíritu de Vida, como Luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, como Roca y Liberador. Lo que escribimos sobre política, economía y cultura está inspirado en una profunda convicción que expresó lapidariamente el obispo San Ireneo a comienzos del siglo III: "La gloria de Dios es el hombre viviente", sentencia parafraseada desde la perspectiva latinoamericana por el obispo Romero, como: "La gloria de Dios es el pobre viviente"*

*Pero esta cita, tan plena y certera, es tan sólo la mitad de una frase, una cara de la moneda. Ireneo seguía: "y la vida del hombre es el conocimiento de Dios". Nosotros también creemos que la vida culmina en el diálogo amoroso con Dios, que Dios no es sólo el Espíritu con el que vivimos la vida y hacemos la historia sino el tú insoslayable y definitivo. El pobre es el primer sacramento de Dios. Pero a los pobres siempre los tenemos con nosotros. Dios quiere ser amado no sólo en todo sino sobre todo.*

*La navidad (Dios con nosotros) revela la unidad de ambas dimensiones: el Hijo de Dios es un pobre y uno de los pobres es precisamente Jesús de Nazaret.*

*Los tres textos que presentamos, tan diversos entre sí, testimonian en un solo acorde la vigencia de Dios como búsqueda y Presencia. El primero es un artículo que rescata la peripecia vital de un monje del siglo XX: Thomas Merton. Los otros dos comentan dos poemarios recientes: el de Carmelo Vilda, publicado en abril, y el de Armando Rojas, que esperamos vea la luz en este mismo mes. Los dos nacieron en dos casas de retiros, presentes en sus títulos: San Javier del Valle (Mérida) y Quebrada de la Virgen (Los Teques). Verbo robusto, abundante y lustroso el primero, palabras desnudas y puras el segundo, ambos testimonian dos retiros, eso que fue en gran parte la vida de Merton. Son también una invitación abierta a los lectores. (N. de la R.)*

## 1. Merton, un monje para nuestro tiempo

Ricardo Belo T.

El 10 de septiembre de 1968 el Padre M. Louis Merton salía por primera vez del Monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní en Kentucky en un viaje que podía considerarse largo. Con excepción de sus regulares consultas médicas en un hospital cercano, de dos viajes a Nueva York para encontrarse con el comentarista del Budismo Zen Daisetz T. Susuki, y de otras breves visitas para dar charlas en conventos de religiosos, se puede decir que Merton jamás había salido del Monasterio Cisterciense en el que ingresó como postulante el 10 de diciembre de 1941. Habían transcurrido veintisiete años de intensa vida intelectual y espiritual. Partía para dictar una conferencia en un encuentro ecuménico sobre la vida monástica en Bangkok; su tema: "El marxismo y las perspectivas monásticas" Su charla tendría lugar el 10 de diciembre, de manera que tenía tiempo para visitar la ciudad de Calcuta y al Dalai Lama, Darjeeling y la montaña Kanchenjunga, donde parece que tuvo lugar su más fuerte experiencia religiosa. Y en 1966, Sidi Abdeslam, un verdadero místico, auténtico representante de la tradición sufí, le había con-

fesado en una visita a Getsemaní que lo veía a punto de lograr la unión que tanto deseaba. Un amigo que lo encontró poco después de su encuentro con Kanchenjunga, escribió: "Tenía esa cara lavada que usualmente sólo poseen aquellos que han pasado por una experiencia de L.S.D. o una dimensión mística mayor". Regresó a Bangkok, dio su charla, fue a descansar a su habitación, prendió el ventilador y cayó muerto electrocutado.

Hijo de un pintor neozelandés de fe protestante y de una norteamericana sin ninguna fe, Thomas Merton nació el 31 de enero de 1915 en un pequeño pueblo al sur de Francia, cerca de la frontera española. Muy joven, acompañó a sus padres a los Estados Unidos luego del nacimiento de su único hermano, Juan Pablo. Allí, en Nueva York, murió la madre. El hijo menor quedó al cuidado de sus abuelos maternos, y el mayor partió con su padre a las Bermudas, luego a Inglaterra, de nuevo Francia y finalmente otra vez Londres, en donde quedó interno desde los catorce años de edad, supuestamente preparándose para

una futura carrera diplomática; de ahí partiría para Cambridge a terminar sus estudios. Su padre murió, y Tom quedó al cuidado de su padrino, un médico londinense, que le hizo leer, en sus quince años, a William Blackie, Aldous Huxley, D.H. Lawrence, Eliot, Joyce, Celine, Gide, Hopkins y a los principales escritores del momento. Merton se especializó en idiomas modernos, y sus buenas calificaciones le hicieron acreedor a una beca para la universidad. Pero falló el primer año —no terminó de primero—, al dedicarle más tiempo a los licores, trasnochos, y a las novias que a los libros; llegó de segundo al finalizar los cursos, y decidió irse a Nueva York.

En su autobiografía. **La montaña de los siete círculos**, describe con detalle todas las circunstancias de su trayectoria geográfica, pero al mismo tiempo, y paralelo al hilo narrativo que cuenta sus acciones en el mundo, hay una recapitulación de su vida espiritual: por ejemplo, su vergüenza al entrar, aunque fuese de visita, a una iglesia: "Otra cosa que los católicos no comprenden sobre los conversos es el embarazo tremendo y angustiante y la autoconciencia que experimentan al rezar públicamente en una iglesia católica. El esfuerzo que exige vencer todos los temores extraños e



imaginarios al creer que todos os miran y que os creen locos o ridículos, es algo que cuesta un tremendo esfuerzo”.

Pero no todo está claro en su autobiografía. Una de las diferencias que la separa de las **Confesiones** de San Agustín, con la que ha sido frecuentemente comparada, es que mientras el Padre de la Iglesia confiesa todo —su hijo ilegítimo, sus amantes, su estadía con los maniqueos y otros herejes—, Merton sólo da como la atmósfera, no dice explícitamente qué fue lo que lo convirtió en un habitante del infierno. ¿Tuvo un hijo? En su testamento, al ingresar como novicio, mandó entregar su plata a una persona de la que sólo sabe su padrino.

Un hecho es cierto: fue muy infeliz a consecuencia de esos derrapes.

En enero de 1935 ingresa en Columbia University con la idea de que en el futuro podrá trabajar en el periodismo. Uno de los cursos, Literatura Medieval Francesa, le hace escoger en un estante de librería un texto de Etienne Gilson: “Lo compré, entonces, junto con otro libro que he olvidado completamente, y camino de mi casa, en el tren de Long Island, desarrollé el paquete para deleitarme con mis adquisiciones. Fue sólo entonces cuando ví, en la primera página de *El espíritu de la filosofía medieval*, los caracteres pequeños que decían “*Nihil Obstat... Imprimatur*”.

El sentimiento de disgusto y decepción me hirió como un cuchillo en la boca del estómago. ¡Sentí como si hubiera sido defraudado! ¡Tendrían que haberme avisado que era un libro católico! Entonces nunca lo habría comprado. (...) Está en latín (la licencia eclesiástica)... una lengua difícil, antigua y oscura. Eso implica, para la mente que tiene

raíces en el protestantismo, toda clase de secretos siniestros, que se supone que los sacerdotes abrigan y ocultan de los hombres comunes en esta lengua desconocida. Luego, el mero hecho de que formulen juicio sobre el carácter de un libro y permitan a la gente leerlo: eso en sí está cargado de terror. Inmediatamente conjura todos los excesos reales e imaginarios de la Inquisición”.

Merton considera que fue realmente un golpe de gracia el que en vez de tirar el texto por la ventana del tren, lo leyera, y entrara, por primera vez en su vida, en contacto con conceptos católicos relacionados a Dios —Aseitas o la facultad del Ser para existir absolutamente en virtud de sí mismo, Acto puro o excluyendo toda imperfección en el orden del existir, etc.— que le hacen adquirir un inmenso respeto por la Iglesia y deseos de entrar en un templo a orar. El siguiente paso en la conversión es su encuentro con extraordinarios profesores en la universidad, todos creyentes y practicantes, que le continuarán señalando lecturas interesantes, a través de las cuales reconocerá que la vida del alma no es sabiduría, sino amor. Le ofrecen el libro *Arte y escolástica* de Maritain, y lo utiliza como metodología para su tesis de maestría, *Naturaleza y arte en William Blake*: “...era un estudio de la reacción de Blake contra toda clase de literalismo, naturalismo y mezuquino realismo clásico en el arte, a causa de su ideal propio, que era esencialmente místico y sobrenatural”.

Poco a poco sobrepone su innato y salvaje pánico de protestante frente a los templos e iglesias, sus lecturas se van haciendo cada vez más católicas, y un día, leyendo la correspondencia del poeta y jesuita inglés Gerard Manley Hopkins, decide bautizarse. Renuncia a Satanás y a sus pompas el 16 de noviembre de 1938, y el siguiente paso es reconocer que, mientras la voluntad no pertenezca a Dios, la conversión del intelecto estará incompleta.

Ya estamos en 1939, los cañones comienzan a golpear cada vez más insistentemente los titulares de los periódicos, y Merton ve un solo camino abierto delante de sí: ser sacerdote. Conoce a la baronesa Catherine de Hueck, que mantiene una Casa de la Amistad en pleno Harlem, el barrio negro de Nueva York, y colabora por un tiempo con ella; ahí ve el horror del racismo, y su reacción, descrita en *La montaña de los siete círculos* hace que Elridge Cleaver, candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por las Panteras Negras (Peace

and Freedom Party), escriba en su propia autobiografía *Alma sobre hielo (Soul on Ice)*: “Bienvenido, Hermano Merton. (...) Por un tiempo, siempre que me sentía suave, relajado, sólo tenía que leer ese pasaje (del libro de Merton) para convertirme de nuevo en una rígida llama de indignación” El texto de Merton: “Aquí, en este barrio enorme, oscuro, humeante, centenares de miles de negros se apiñan como ganado, muchos de ellos sin nada que comer y sin nada que hacer. Todos los sentidos, imaginación, sensibilidades, emociones, pesares, deseos, esperanzas e ideas de una raza de sentimientos vívidos y reacciones emocionales profundas están comprimidos, aherrajados con un cinturón de hierro de fracaso: el prejuicio que les ahoga con sus cuatro muros insuperables. En este enorme caldero, dones naturales inestimables, sabiduría, amor, música, ciencia, poesía, son aplastados y dejados hervir con las heces de una naturaleza corrompida elementalmente, y miles y más miles de almas se destruyen con el vicio, la miseria y la degradación, olvidadas, borradas, desaparecidas del registro de los vivos, deshumanizadas.

¿Qué no ha devorado en tu oscuro horno, Harlem, la marihuana, la ginebra, la histeria, la sífilis?”.

(...)

“Ahora bien, la paradoja terrorífica de toda la cuestión es ésta: Harlem mismo, y cada negro individual de él, es una condenación viviente de nuestra “cultura”. Harlem está allí a modo de acusación divina contra la ciudad de Nueva York y la gente que vive en la parte baja de la ciudad y allí hace su dinero. Los burdeles de Harlem, su prostitución, sus centros de drogas y todo lo demás son el espejo de los divorcios corteses y los múltiples adulterios refinados de Park Avenue: son el comentario de Dios al conjunto de nuestra sociedad.

Harlem es, en cierto sentido, lo que Dios piensa de Hollywood. Y Hollywood es todo lo que Harlem tiene para asirse, en su desesperación, a título de sustitutivo del cielo”.

(...)

“No, no hay negro en todo el lugar que deje de saber, y hasta la médula de sus huesos, que la cultura del hombre blanco no vale la basura del río de Harlem”.

Merton intentaba dejar en aquellos días una vida de trasnochos y licor, de descontento y desesperación; por su carácter, al escuchar su vocación quiere una Orden que lo desprenda del mundo,

no que lo haga luchar por Dios en él; por eso, en primera instancia prefiere los Franciscanos a los Jesuitas. Trata de ingresar como novicio en su monasterio de Nueva York, y después de varias indecisiones es rechazado. Dolido, resentido consigo mismo y confuso, acepta un puesto como profesor de literatura en una universidad católica. (St. Bonaventure), e intenta llevar la vida de un religioso leyendo los breviarios y comulgando diariamente, a la par que dedica varias horas al día a la escritura; pero sus novelas y poemas son devueltos una y otra vez por todas las editoriales; un agente literario, —Naomi Burton—, sin embargo mantiene su fe en él. Por recomendación de su profesor de escolástica en Columbia, Dan Walsh; hace dos retiros espirituales en monasterios cistercienses, uno de ellos en Getsemaní, Kentucky; ahí descubre, en plena misa, que “...esta iglesia, la corte de la Reina del Cielo, es la verdadera capital del país en que vivimos. Este es el centro de toda la vitalidad que es Norteamérica. Esta es la causa y razón de por qué la nación se mantiene unida. Estos hombres, ocultos en el anonimato de su coro y sus blancas cogullas, están haciendo por su tierra lo que ningún ejército, ningún presidente podría hacer como tal: ganan para ella la gracia, protección y amistad de Dios”.

El 7 de diciembre de 1941, los Estados Unidos le declaran la guerra a las potencias del Eje, y el 10, pocos días antes de ser llamado definitivamente por la recluta, ingresa como postulante en el Monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní. El comentario de su agente literario:

“—¡Oh Dios. Nunca escribirá de nuevo!”

Hasta aquí la vida de Merton ha sido más o menos conocida de todos, especialmente de aquellos que no se negaron el placer de leer su autobiografía, editada desde hace tiempo en español. Su ingreso en el monasterio, que es el instante en que termina **La montaña de los siete círculos**, fue nada menos que una muerte moral y civil. Thomas ya no existía, sólo quedaba su testamento.



En 1848, se fundaba en el Estado de Kentucky el monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní.

Cuando Merton llegó para establecerse definitivamente, la vida continuaba siendo dura. La Orden era, después de todo, una Orden para la peni-

tencia en la que el trabajo físico era considerado una recreación. Se levantaban a las dos de la mañana, recitaban Maitines y Laudas Canónicas, meditaban, iban a Misa, estudiaban, trabajaban en el campo o estudiaban si es que eran novicios; casi todos ayunaban hasta mediodía, volvían a trabajar y estudiar en las tardes, y se acostaban después de un ligero refrigerio y más oración a las siete de la noche. No comían carne, y a los enfermos o a los más jóvenes les daban un poco de leche o pescado. Los monjes no hablaban entre sí excepto con el confesor o a menos que el Abad les dirigiera la palabra. Era un regreso a las condiciones de vida de la Edad Media; pero esa vida dura, confinada a los espacios del monasterio, parecían hecha a la medida de Merton. A pesar del intenso frío en los meses de invierno, y de que no tenían calefacción, el hermano M. Louis (Frater María Ludovicus Merton) dejaba abierta sus ventanas; sus peores catarrros los agarró en esos primeros años.

**La montaña de los siete círculos** apareció publicada por la firma Harcourt, Brace en octubre de 1948, y en diciembre salió **¿Qué es la contemplación?**; ese año se publicaron en total seis libros de Merton. Para extrañeza de todos, la autobiografía comenzó a venderse bien: a un ritmo inicial de dos mil ejemplares diarios, seis meses después de haber salido a la calle, la primera edición de 600.000 volúmenes se agotó. Además del sólido respaldo crítico que recibió, y de las vocaciones que propició —aparecían aspirantes a novicios tocando la puerta del monasterio con el libro bajo el brazo—, había de proporcionarle a la abadía, en graves dificultades económicas y con muchas deudas viejas pendientes, un ingreso mensual por muchos años de unos veinte a treinta mil dólares.

El jueves 26 de mayo de 1949, durante la Fiesta de la Ascensión y a la edad de treinta y cuatro años, el Hermano M. Louis Merton era ordenado sacerdote. Como toda su familia cercana había muerto —incluyendo a su hermano, en la II Guerra Mundial—, lo acompañaron en la ocasión Roberto Lax, su profesor de filosofía Dan Walsh, su editor de poesía James Laughlin y otros amigos de Columbia.



En 1951 el nuevo abad, Dom James, lo nombró maestro de escolástica; aunque ya había comenzado a dar clases y conferencias, ésta era la cuarta po-

sición más importante en la jerarquía del monasterio. Si Merton hubiera sido tan neurótico como se ha dicho que era, jamás un hombre tan astuto como Dom James lo hubiera ratificado en un punto tan delicado, haciéndolo responsable de la formación de los novicios, y mucho menos lo hubiera escogido como su confesor particular.

El nuevo abad era un hombre excepcional, graduado en la Harvard Business School, que llevó al monasterio de la quiebra a la prosperidad; gracias, también, a todos los tractores y máquinas que se pudieron comprar con el producto de la venta de los libros de su maestro de escolástica. Dom James eliminó antiguas formas de trabajar —la indiscriminada tala de bosques, por ejemplo—, creó una fábrica de quesos (“Monk Cheese”) que se hizo famosa en Kentucky y fuera del Estado; pero su labor de innovador se sintió sobremanera en su apoyo decidido a los intelectuales de Getsemaní, en su estímulo para que siguieran escribiendo, y en el modo como tomó partido por aquellos que deseaban mayor soledad, salirse de la vida cenobítica y convertirse en ermitaños en un lugar apartado de las hermosas hectáreas de la creciente abadía.

En el año 1957 Merton se dio cuenta de que uno de sus novicios (el Hermano Lawrence) hablaba español: era un poeta nicaragüense llamado Ernesto Cardenal. Su nuevo amigo lo introdujo a la literatura latinoamericana, y poco después Merton trabajaba en sus traducciones al inglés de las obras de Octavio Paz, el brasileño Andrade Pablo Antonio Cudra y otros; ya varias colecciones de su propia poesía habían sido publicadas por New Directions, la mejor editorial de poesía contemporánea en toda América del Norte. El Hermano Lawrence le hizo ver y recordar la situación de pobreza, violencia y explotación que se perpetuaba en grandes partes del mundo, incluso algunas cercanas a su propio país. Llevaba ya dieciséis años retirado del mundo y Cardenal significará un cambio en su percepción de la realidad social. El nicaragüense lo invitó a fundar un monasterio en las islas de Solentname; estuvo tentado de aceptar el reto, pero sus intereses personales lo lanzaban con insistencia por el camino del ermitaño. Cardenal se fue solo y en 1965 recibió noticias de él: había hecho una fundación experimental en una de aquellas islas, combinando la Regla de San Benito con algunas ideas de renovación monástica aprendidas mientras estudiaba bajo su dirección. Cardenal in-



El maestro de escolástica con una clase

sistió de nuevo en su traslado a Nicaragua, pero su maestro estaba dividido: por una parte quería compenetrarse con los problemas políticos del mundo —la guerra del Vietnam se intensificaba—, salir del monasterio, hablar con la gente, y por otro lado quería proteger su “vida escondida”, su soledad y contemplación. Una disentería crónica le impidió finalmente trasladarse a Centro América.

Empezó, en cambio, a intercambiar correspondencia con el grupo de Martin Luther King, y con el Instituto para la No-Violencia fundado por la cantante Joan Baez y su esposo Ira Sandperl, preso más tarde por su oposición a la guerra del sudeste asiático. En 1968 lo invitaron a formar parte de un equipo no oficial que partiría a Cambodia con las intenciones de servir de canal de comunicación entre el Frente de Liberación Nacional de Vietnam y el Gobierno de los Estados Unidos. Se descartó después esa iniciativa, pero sus movimientos ya eran conocidos por las fuentes de inteligencia (CIA). Finalmente, el abad general de la Orden le prohibió terminantemente publicar nada que tuviera que ver con la guerra, ya la de Vietnam, ya sobre la posibilidad de una conflagración nuclear entre las dos grandes potencias; su libro *Paz en la era post-cristiana* no pudo salir, tal como estaba pensado, por la casa Macmillan a comienzos de los años sesenta, pero su distribución en fotocopias no representaba una violación de la orden de no publicar, de manera que lo distribuyó entre grupos influyentes a través de todo el continente.

Es como si Merton hubiera intentado lograr una experiencia integral en

todos los aspectos de su vida: intelectual y espiritual, enriqueciéndose con su vida de eremita —los cistercienses nacieron, después de todo, como una especie de “suicidas del mundo”—, y comprometiéndose, a sí mismo y a la Iglesia —sus trabajos se adelantaron a las posiciones sostenidas por el Papa Juan XXIII en su Encíclica “Pacem in Terris”— con bandos específicos en los conflictos raciales y políticos de su país y del mundo. Participó en la renovación del catolicismo en su intento de comprender el mundo moderno (el *aggiornamento*), y se enfrentó decididamente y al mismo tiempo a los cristianos conservadores que no creían en un diálogo ecuménico con las religiones asiáticas no-cristianas. Toynebee escribió que una de las características más importantes del siglo XX es el inicio de la comunicación entre Oriente y Occidente; de nuestro lado, quizás Alan Watts y Thomas Merton sean las voces más importantes. Al mencionar el trapense cuáles son a su juicio las grandes necesidades del hombre de hoy, habla de la importancia de alcanzar una relación de auténtico amor con el prójimo, pero también recalca la necesidad que tiene el hombre moderno de lograr una “liberación de su descontrolada conciencia de sí, de su monumental auto-percepción, de su obsesiva afirmación personal”: Dios como el Gran Vacío de los budistas, el Paraíso como “vacuidad”.

Hay otros aspectos de su vida que no son tan conocidos. En una visita al hospital crecano de Louisville para ser operado, Merton conoce a una enfermera católica y se enamora de ella. Saldrán frecuentemente, a escondidas por su-

puesto. Mott cuenta que en una de esas salidas Nicanor Parra le daba patadas debajo de la mesa a James Laughlin, el editor de ambos, para que dejara a los dos amigos solos por un momento. Le capturaron una llamada telefónica desde el monasterio, fue denunciado al abad, se le ordenó cortar la relación, persistió, y finalmente, varias semanas después, no quiso violar los votos que había tomado por perpetuidad.

Murió el mismo día, un 10 de diciembre, en que había entrado al Monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní, y el servicio que hicieron cuando llegó su cuerpo a casa para ser enterrado, incluía el final de *La montaña de los siete círculos*:

“Pero gustarás la verdadera soledad de mi angustia y mi pobreza y te conduciré a las cimas más altas de mi gozo y morirás en Mí y encontrarás todas las cosas en Mi misericordia que te ha creado para ese fin y te ha llevado desde Prades a Bermuda, a Saint Antonin, a Oakham, a Londres, a Cambridge, a Roma, Nueva York, Columbia, a Corpus Christi, a San Buenaventura, a la abadía Cisterciense de los pobres que trabajan en Getsemaní.

Para que seas el hermano de Dios y aprendas a conocer al Cristo de los hombres abrasados”.

#### BIBLIOGRAFIA

- Eldridge Cleaver. *Soul on Ice*. New York, 1968. A Delta Book. 210 p.
- Thomas Merton. *Acción y contemplación*. Barcelona, 1982. Editorial Kairós. 195 p.
- Thomas Merton. *Las aguas de Silóé*. Buenos Aires, 1957. Editorial Sudamericana. 450 p.
- Thomas Merton. *La montaña de los siete círculos*. Barcelona, 1981. Edhasa. 627 p.
- Michael Mott. *The Seven Mountains of Thomas Merton*. Boston, 1984. Houghton Mifflin Company. 690 p.

OBSEQUIE UNA  
SUSCRIPCION  
DE

